

por sus dotes literarias, con ser éstas un tanto excepcionales, por aquellas otras que siempre juzgaré yo superiores a las puramente intelectuales, sin que en la valoración de sus talentos pueda influir la sincera calidad afectiva de mi amistad. Es decir, fue un amigo que no se debía de haber muerto, que hubiéramos querido conservarlo hasta marcharnos nosotros al otro mundo. Pero esto no impide que pueda proclamar sus méritos, no ya los personales, sino esos impersonales a través de una objetividad de forma y fondo que necesita, antes que un elogio o un juicio global, un detenido estudio que yo haría si me considerase capaz. Pero yo no soy crítico literario, ni sé de retóricas ni elocuciones del arte del lenguaje, ya en el sentido estilístico, ya en el artístico, ya en el filológico; y en todos ellos fue maestro nuestro pobre amigo.

A mí me gustaría seguir hablando de Pedro Romero Mendoza, pero creo más importante que alguien con preparación que yo no tengo lo enjuicie a través de sus numerosas obras, críticas, novelísticas, lingüísticas y hasta poéticas, afición esta última que compartió con su mujer doña Eladía Montesino-Espartero, ilustre dama a quien transmito mis respetos y la expresión de mi simpatía, con la seguridad de mi participación en su dolor.

A esa crítica analítica que merece y desde hace ya mucho tiempo estaba pidiendo Pedro Romero, contribuiría yo bajo otros aspectos de su persona, que aquí no me caben y que estimo de cierto interés para completar esta personalidad que hemos perdido.

J. DE H.

DEFINICION DEL POETA

Al escritor y poeta español Eulogio Florentino Sanz (1822-1881), se le atribuye esta definición del poeta:

«Un hombre que es capaz de hacer lo que otro hombre cualquiera, y además versos.»

Luis Rosales, poeta, escritor y académico de nuestros días, da esta definición:

«Poeta es una persona que no se gana la vida haciendo poesía.»



En malhadado accidente automovilístico, ha puesto fin a la vida del laureado escritor don Pedro Romero Mendoza; con su muerte las letras extremeñas han perdido un valioso puntal, difícilmente sustituible. Romero Mendoza, era un escritor de una clase que en nuestros actuales días no se prodiga. De formación autodidacta, dotado de óptimas condiciones intelectuales se propuso, y lo consiguió plenamente, un conocimiento del castellano tan completo que su prosa, es modelo de perfección idiomática, pudiendo calificarse su estilo como uno de los más clásicos de nuestros escritores actuales. Estilo conseguido a fuerza de estudios y copiosa lectura, que le dieron además una vasta y sólida cultura.

De su afición a la lectura, allá por la década de los años 40 data nuestra relación. Don Pedro, era uno de los pocos «héroes» que frecuentaba con un estoicismo digno de admiración, aquella Biblioteca pública instalada en el caserón húmedo y destartalado de la Cuesta de la Compañía. Allí creo que le ví por primera vez y me familiaricé a ver su esbelta figura, invariablemente, con su brazo doblado apriando en su mano un libro o dos, con un celo amoroso de buen bibliófilo. Nunca acerté a verle sin un libro, ni yo, ni creo que nadie le sorprendiese sin este aditamento que en él formaba parte de su esencia. También tenía noticias de su bien abastecida biblioteca, de la cual leí, sin su permiso más de una obra valiosa por su rareza o por su temática. Aclararé este pecadillo, relatando que por aquellos años yo era condiscípulo en el Colegio de San Antonio de los padres franciscanos de Cáceres, de su hijo Pedro Luis, que a hurtadillas de don Pedro, nos dejaba a un compañero llamado Antonio Segura y a mí, que éramos también lectores impenitentes, obras de su biblioteca, que nuestra juventud y curiosidad devoraban con fruición.

Excelente periodista, poeta, ensayista y profundo novelista, Romero Mendoza, destacaba en todas estas difíciles disciplinas. En esos tres largos lustros, que don Pedro dirigió ALCÁNTARA, nuestros

ROMERO MENDOZA
MAESTRO DE HABLISTA